

POR AQUI NO SE PASA, por Charles Jones



*Biblioteca Ilusión*  
*Publicación Semanal*

Núm. 16

25 cts.



Biblioteca Ilusión

THE TRAIL RIDER  
1925

## *Por aquí no se pasa*

*Versión literaria de la película de igual título,  
interpretada magistralmente por el célebre artista*

CHARLES JONES

por

ABILIO PONS



*Exclusiva*

HISPANO FOXFILM, S. A. E.  
Calle Valencia, 280 : BARCELONA



REDACCION Y ADMINISTRACION  
PARIS, 204 : BARCELONA



Tipografía La Académica  
Herederos de Serra y Russell  
Calle Enrique Granados, 111  
Teléfono G-104 : Barcelona

### ¡POR AQUÍ NO SE PASA!

Los ganaderos de aquella provincia norteña estaban consternados. Una epidemia causaba estragos en el ganado bovino de las provincias del Sur, y era preciso evitar, por todos los medios, que ni una sola cabeza del ganado enfermo llegara a las extensas, a las inconfinadas llanuras donde pastaban las reses sanas.

Gente leal y brava eran la que cuidaba del ganado en los prados verdequeantes del Norte. Cada uno de los vaqueros, a cual más valiente, perdiera gustoso su vida antes que consentir se causara el menor daño a su boyadas. ¿Había epidemia en el Sur? Cosa muy lamentable era aquélla. Pero ya que los vaqueros norteños no podían evitar la peste que aniquilaba a los ganados del Sur, tenían el deber de impedir su propagación, acordonando, amurallando, si fuera preciso, las zonas no invadidas por el funesto mal.

Aquella epidemia, de extenderse, causaría su ruina y la de toda la comarca.

— Amigos míos — dijo Winch, el jefe de los guardas, a sus subordinados : — Por ins-



tinto de conservación, debéis velar constantemente, a fin de que no invadan estas praderas los ganados enfermos. Temed a la peste, que es el hambre, la desolación, la muerte de nuestra provincia, y luchad contra ella. Ya sabéis cómo : sois hombres, algunos padres de familia, y no necesito decir más.

Los ganaderos, presididos por Duncan, celebraban frecuentes reuniones, temerosos de que la terrible enfermedad que arruinaba a los dueños de las boyadas del Sur llegase a sumirles a ellos en la miseria.

Mucho confiaban en Winch, famoso no ya por su destreza en sacar y disparar su revólver, sino por su sagacidad. Mas, con todo, la inquietud y zozobra de los ganaderos era enorme.

Constantemente interrogaban a Winch :

— ¿Crees que los vaqueros a tus órdenes impedirán que el ganado enfermo atraviase la línea imaginaria que hemos trazado para dejar bien deslindados los terrenos?

— Mis vaqueros — respondía siempre con la misma firmeza Winch — sabrán cumplir con su deber. A todos he dado la consigna ; « Por aquí no se pasa »... Y no lo duden ustedes ; nadie pasará.

Estas reuniones de ganaderos, a las que concurría Winch, se celebraban en casa de Duncan, muy cerca del « establecimiento » del tío Boley, zapatero filósofo, ladino y cascarrias.

Boley tenía el cinismo de todos los viejos filósofos, y, además, tenía una nieta llamada Sara.

Sara era hermosa como una mañana de mayo. Y, a más de hermosa, buena.

Profesaba a su abuelo acendrado cariño, y refa sus donosos decires y sus agudas e irreverentes frases, permaneciendo largas horas junto al fabricante de botas, tan orgulloso de su profesión, que no concedía beligerancia a los confeccionadores de zapatos, ni siquiera a los que usaban pantuflas.

La humanidad, a juicio de Boley, andaba mal porque abundaban los zapateros sin dignidad.

Una mañana presentóse en el establecimiento del fabricante de calzado un mozo de porte humilde, pero de rostro simpático. Este mozo se llamaba Tex Hart, había sido vaquero, buscaba colocación de « lo que fuese » y tenía un zapato roto.

— Buen hombre — dijo a Boley : — ¿ tendrá usted la bondad de darme en este zapato unos puntos?

El viejo filósofo miró con desprecio a su visitante y exclamó :

— Mi bondad no llega a tanto. Yo no soy un zapatero remendón.

Tex se retiró un poco humillado, al tiempo que irrumpía en la tienda de Boley un hombre de faz huraña y repulsiva. Era éste el « banquero » Mackey, sórdido y avaro, de gran in-



fluencia en la provincia y de una mayor miseria moral. Mackey, en opinión del fabricante de calzado, era un ave de rapiña, capaz de picotear en la vil carroña. Traficaba con todo, y nada le merecía respeto.

— *Maestro* — dijo a Boley : — quiero que me confeccione el mejor par de botas que haya salido de su importante fábrica.

— Pierde usted el tiempo — manifestó el viejo filósofo. — Yo no calzo a los bribones.

— ¡Caramba, Boley! ¿Se ha vuelto usted loco?...

Y como en tal instante apareciera Sara, el banquero se apresuró a saludar a la linda doncella :

— ¡Cuidado! — exclamó el abuelo de la joven. — Deje el milano en paz a la paloma. De lo contrario...

— ¡Pero como está usted hoy, maestro!

— Es que usted, *omnipotente* señor, me pone frenético. Si en mi mano estuviera, ahorcaría a todos los sujetos de su jaez.

— ¿Tanto daño le he causado?

— A mí ya se guardará usted de molestar en lo más mínimo. Yo no soy su hijastra, la infeliz Marie, que se resigna con los malos tratos que de usted recibe...

El «banquero» miró con rabia al cínico Boley. Acaso pasó por su mente la idea de estrangular al procaz viejo.

Pero llegó de nuevo en aquel momento Tex Hart, y Mackey, colérico, salió a la calle.

— Parece — observó el mozo — que ha dado usted también mal trato a ese caballero.

— ¿Caballero? — gruñó el viejo. — ¿Usted sabe quién es ese individuo?

— No, ni me importa.

— Pues es un redomado canalla... un monstruo que obliga a su hijastra, por la violencia, a tomar parte directa en sus bribonadas... que son muchas... Dios libre a usted, joven, del bandido Mackey...





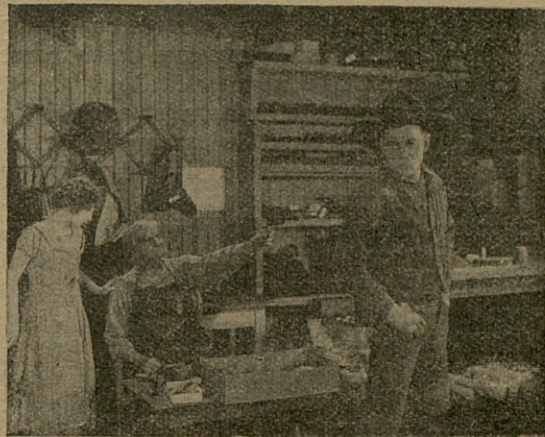
## II

Mackey era también ganadero. Su boyada no podía rivalizar, por el número, con las de otros propietarios de ganado, a los que el envidioso y absorbente Mackey odiaba profundamente.

Conocedores los ganaderos del Sur de la bajeza moral del titulado «banquero», intentaron el soborno. Para salvar parte de su riqueza pecuaria, los dueños de ganados que azotaba la epidemia, querían trasladar sus reses a zonas no contagiadas por la peste. No vacilaron, por tanto, en apelar a Mackey, logrando de éste, mediante la entrega de crecida suma, que se comprometiera a facilitar el acceso, en las praderas del Norte, del ganado del Sur.

— ¿Ya tiene usted presente — objetó uno de los sobornantes al desprenderse de la cantidad con que se pagaba la traición de Mackey — que Winch el temerario es el jefe de los guardas?...

— Sí, sí; conozco perfectamente a Winch,



*Tex se retiró un poco humillado*

y sé de lo que es capaz; pero más que a éste, temería a un mozo llamado Tex, llevado como guarda por Winch a las praderas... si no contase con mi hijastra Marie...

Mackey explicó que el tal Tex Hart, hombre recio y fornido, capaz de abatir un león con un solo estornudo, procedía de la selva virgen. Era valeroso, pero ingenuo.

— Tanto — aseguró, — que ha cometido la sandez de poner los ojos en mi hijastra.

— ¡Atrevido mozo!

— Ignorante, más bien.

— ¿Y muy valiente?

— De los que no conocen el miedo, según



averiguaciones hechas por agentes que tengo a mi servicio... Mas no hay que preocuparse de tal sujeto... Me será muy fácil engañarle. En asuntos como éste, una mujer es el mejor auxiliar, y yo dispongo de esa mujer.

Mackey contaba con la docilidad de su hija; por lo menos, así lo creía él. Pero podía equivocarse en sus cálculos el banquero. Porque Marie acaso hiciera a su padrastro traición parecida a la que él estaba haciendo a los ganaderos del Norte.

Marie había encontrado demasiado simpático al forastero, a aquel mozo que, al ver a ella por primera vez quedóse deslumbrado. Y este forastero no era otro que Tex Hart, en cuyo zapato dió el filósofo Boley los puntos solicitados, porque también a él, como a su nieta y a la hija de Mackey, le había causado buena impresión.

Tanto, que por intervención del fabricante de calzado le colocó Winch como guarda en las praderas.

— Oye — dijo el viejo a Winch. — Estoy enterado de que necesitas reforzar la guardia en la línea divisoria de las praderas donde pastan las boyadas.

— ¿Quién le ha dado el soplo?

— A mí, ya tú sabes que se me cuenta todo... Pues bien, yo te puedo proporcionar un hombre que te será muy útil.

— ¿Es de aquí o forastero?

— Es... del mundo.

— Corremos riesgo de habérmolas con un enemigo.

— No tenga cuidado — aseguró Marie, que, con Boley, se interesaba por Tex. — Me consta, por haber sorprendido una conversación, que es un hombre que maneja con destreza las armas, pero incapaz de la menor acción villana.

— Necesito, realmente — dijo Winch — un vaquero que me sirva de centinela en la pradera.

— Pues nadie mejor que Tex.

— ¿Aceptará?

— Aceptará, sí.

— Entonces, que venga a verme cuanto antes, pues esta noche tendrá que comenzar su trabajo.

Tex Hart fué presentado inmediatamente a Winch.

— Ya sabes, camarada — díjole el jefe. — El puesto es de peligro. Tú verás si te conviene.

— Desde luego.

— Pues nada. Esta misma noche entrarás en funciones. Y como veas que algún ganado procedente de la parte Sur trata de invadir nuestros terrenos... procede contra él en la forma que tengas por conveniente. A ver cómo te portas.



\* \* \*

Cerró la noche.

En la llanura inconfínada no se oía el menor rumor. Sólo de vez en vez, la brisa, fresca y suave, arrastraba esos vagos ruidos que se producen en la soledad del campo... Un mugido lejano... el aullido de un lobo hambriento y remoto... los latidos de la tierra...

Sobre la planicie sin término, bajo las estrellas, recortábase la silueta de Tex, jinete en su cabalgadura, oteando el paisaje, paseando incesantemente su mirada por la vasta campiña, recogiendo con el oído atento hasta el respirar del tiempo...

Y así una noche... y otra noche.

A veces, como surgido de la entraña de la tierra, le sorprendía Winch.

— ¿Sin novedad?

— Sin novedad.

Y de nuevo Tex quedaba solo, envuelto por el silencio, sin otra compañía que la de sus pensamientos dedicados a Marie, a la doncella que había sabido hacerle sentir la dulce inquietud del cariño...



*Mackey era también ganadero...*

### III

Los ganaderos del Norte habían recobrado en gran parte la serenidad perdida.

Winch les había asegurado que mientras vigilase Tex la línea divisoria, nada se podía temer.

— Es hombre que habla poco ; pero de los que, llegado el momento, dotan de elocuencia a su pistola.

Sin embargo, Mackey no permanecía inactivo. Maniobraba en la sombra ; movilizaba su gente — unos cuantos ganapanes que, con



tal de abastecer sus faltriqueras, pactaban con el mismísimo diablo — e iba, en fin, por el camino más corto, al logro de sus deseos.

Aquel Tex, fijo, inmóvil en su puesto de peligro, a quien más de una noche observara desde lejos, constituía el mayor obstáculo.

Mackey pensó lanzar contra el nuevo guarda a su jauría. Pero ello, lejos de favorecer sus planes, más bien hubiera complicado y agravado la situación.

Optó por lo que en un principio tenía resuelto : valerse de Marie.

Y una noche, callada, serena, noche en que fulgía en el azul del cielo todo el milagro astral, palpitaban las entrañas de la tierra y el viento sinfonizaba conturbadoras melodías, distinguió Tex, entre el hierbazal, un puntito blanco que se movía, que se agrandaba, que iba adquiriendo forma de mujer.

El guarda se restregó los ojos y clavó sus pupilas en aquella figura que dijérase soñada...

— Buenas noches, Tex — moduló una voz que tenía sonidos de cristal.

— ¡Cómo! — exclamó el vaquero. — ¿Pero es usted, Marie?

— Le sorprende verme, ¿no?...

— ¿Es que se ha perdido usted?...

— Sí... creo que sí... No acierto a encontrar el camino que me conduzca a Venado... Más de una hora que vago por la pradera.

— Estará usted fatigada.

— No... es decir, un poco...



*Sara había encontrado demasiado simpático al forastero*

Y la doncella sonrió de un modo extraño.

Con su mirada, triste y cariñosa, envolvió a Tex, y éste observó que Marie estaba temblorosa.

— ¿Por qué no viene usted a tomar una taza de café? — propuso.

— ¿Adónde?

— Ahí cerca... En una cantina.

— Gracias, amigo mío.

— ¿Rechaza usted ese pequeño obsequio?

— No, no ; pero...

Calló Marie ; escrutó con la mirada el paisaje ; afinó cuanto pudo el oído y dijo luego, bajando el tono de su voz :



— ¿Qué haría usted, amigo Hart, si trataran de hacer entrar en la provincia, precisamente por aquí, ganado del Sur?

Tex, sorprendido, fijó sus pupilas en las de la hijastra de Mackey.

— Ya sé — continuó la doncella — que usted lo impediría.. aun a costa de su vida.

— Sí, no lo dude usted. Yo no falto, por nada, a mis deberes. Antes la muerte.

— Y eso es lo que yo no quiero, que muera usted... Por eso he venido...

— Luego, ¿no se ha extraviado?

— No ; obligóme mi padrastro a esta entrevista, para que alejara a usted de la línea que defiende... mientras él y los suyos facilitaban la entrada en la provincia de los novillos del Sur...

— ¡Maldición!... ¡A semejante ardid apela el traidor Mackey?...

Y esto diciendo, echó Tex pie a tierra ; empuñó su pistola y...

En aquel momento, seis brazos hercúleos impidieron todo movimiento al guarda. Trató éste de defenderse ; pero fué inútil su empeño. Los secuaces de Mackey le ataron fuertemente las manos y los pies.

— No pensé, Marie — murmuró Tex — que fuese usted capaz de tal vileza.

— Le juro que mis propósitos no eran otros que salvar a usted, amigo Hart... Yo ignoraba que estos malvados me viniesen siguiendo...

#### IV

A través de la línea prohibida, penetró, atropelladamente, en la zona no invadida por la epidemia, el ganado de la muerte.

Trotaba y mugía la boyada ; ladraban furiosamente los perros ; de aquí y de allá salían gritos desesperados, imprecaciones, maldiciones...

A lo largo de la línea defendida extendíase un alarido :

— ¡Traición! ¡Traición!

Sobresaltado, despertó Winch.

— ¿Qué baraúnda es esa?

— Pues nada: que el ganado enfermo penetró en nuestro campo a través de la sección que Tex defendía.

— Nos ha vendido el miserable?

— Bien se lo advertimos a usted, Winch... No se debe confiar en desconocidos.

— ¡Ira de Dios! Con cien vidas no paga el traidor el daño que ha causado.

Inmediatamente Winch y sus leales mon-



taron a caballo, lanzando a galope a las bestias en dirección a la zona que custodiaba Tex.

Encontraron a éste, después de larga peregrinación, atado de pies y manos, revolcándose, maldiciendo.

Con acento duro le interrogó Winch, explicando Tex cuanto había ocurrido.

— Me asaltaron por la espalda... me mataron ; golpeáronme despiadadamente.

— No fiéis en sus palabras — gruñó un viejo vaquero. — Ese se ha vendido.

— ¡Canalla! — rugió Tex.

— ¿Por qué no hiciste — preguntó Winch — el disparo convenido?

— Porque no tuve tiempo. Cayeron sobre mí tres hombres que me dejaron indefenso en el acto.

— Bien ; pronto saldremos de dudas — expresó Winch.

Y una vez quitadas a Tex las ligaduras, partieron todos en busca de los vaqueros del ganado invasor, para que éstos declararan si conocían a su cómplice Hart.

Por fortuna para Tex, ninguno de los consultados hizo contra él el menor cargo. Nadie le conocía. Jamás se habían visto.

Winch tomó pronto una resolución :

— La única manera — dijo — de redimiros, Tex, es que obliguéis al ganado que penetró en nuestra provincia a volver al Sur.

— ¿Creéis que puede hacer eso un hombre solo?



*Ya sabes, camarada... El puesto es de peligro*

— Os va la vida si no lo conseguís.

— ¡Está bien! Aunque es una locura acometer tamaña empresa, empeño mi palabra. Voy a jugarle la vida. Pero sabed que Tex es incapaz de cometer la traición de que le acusáis.

Examinó sus pistolas, ciñólas al cinto, montó a caballo, y partió pradera adelante, en busca, acaso, de la muerte...





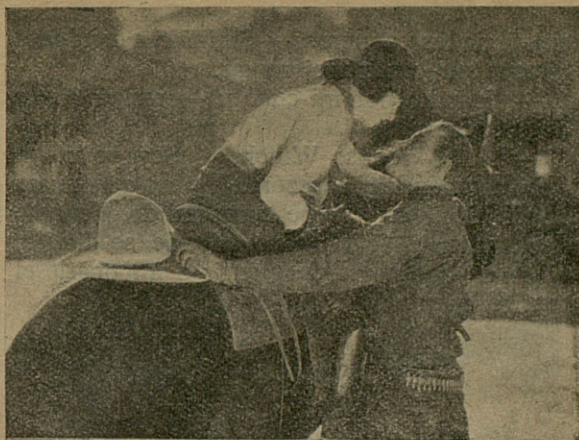
V

¡Terrible lucha la de Tex durante aquella noche interminable! Arremetía con furia contra las manadas de novillos, para hacerlas retroceder; pero las astadas bestias, en vez de recular, se internaban más, esparciéndose, con obstinación que desesperaba al comprometido Hart, por la llanura inconfínada.

En varias ocasiones estuvo a punto de perecer. La boyada, enfurecida, enloquecida, acosaba al caballo de Tex. Este, valiéndose de su honda y de sus pistolas, sembraba el terror entre los cornúpetos, puestos en fuga, desparramados... pero cada vez más adentro de la provincia norteña...

Al rayar el alba se presentó Winch ante Hart, sudoroso, jadeante, con llamaradas de rabia en los ojos y maldiciones en sus labios secos.

— ¡Bonita faena has hecho, idiota! ¿No ves que al esparcir el ganado aumentas el peligro de la epidemia?... Vete, vete en seguida adonde no te pueda ver, pues de lo contrario...



*No acierto a encontrar el camino que me conduzca  
al Venado*

Humillado y vencido, Tex, no se atrevió a protestar. Descabalgó y, sin proferir la menor queja, echó a andar, con paso vacilante, en dirección al Venado.

Una cólera sorda le roía las entrañas. Se agolpaban a su cerebro mil ideas de destrucción... Sentía irreprimibles deseos de descargar su ira.

En tanto, de todos los ranchos de la cañada iban informando a Winch que empezaba a producir sus efectos, en el ganado hasta entonces sano, la terrible peste importada.

— Hay que despedazar al traidor — guturó



el jefe de los vaqueros. — Su infame conducta merece un castigo ejemplar.

— Dejadlo por mi cuenta — reclamó uno de los guardas.

— No — repuso Winch. — Soy yo quien debe arrancarle el corazón... Y para que nunca pueda decir que le he sorprendido, llevadle ahora mismo, al Venado, adonde se dirigió, aviso de que no tardaré en ir a imponerle el castigo merecido.

\* \* \*

En el domicilio de Duncan se hallaban reunidos los ganaderos. En sus semblantes se reflejaba el hondo pesar que les roía el alma. La ruina de todos era cierta. Ni un rayo de esperanza vislumbraban para paliar, ya que no impedir, la catástrofe.

¡Y todo por culpa de aquel maldito forastero, del traidor Tex!

— ¡Habría que descuartizar al malvado! — masculló Duncan.

— Conforme, sí — dijo, irrumpiendo en la sala donde se hallaban los ganaderos, el fabricante de calzado, el filósofo Boley.

La sorpresa de todos los presentes fué grande.

Y Boley añadió :

— Pero ese malvado no es Tex.

— ¿Qué sabes tú, zapatero?



*Y eso es lo que yo no quiero, que muera usted...*



— ¿Quieren ustedes conocer el nombre del verdadero culpable?

— ¡Sí, sí... dilo pronto!

— Pues el canalla, el vil, el traidor, es Mackey.

— ¿Puedes probarlo?

— Se probará a su debido tiempo. Tengo en mi poder un precioso documento que exhibiré cuando sea preciso. Antes, he de evitar que Winch, el jefe de los vaqueros, cometa con Tex una barbaridad.

Y dicho lo cual, Boley abandonó el domicilio de Duncan, para ir en busca de Marie, a quien halló vertiendo llanto.

— Animo, chiquita, que nada ocurrirá a Tex!...

— Salvémosle, ya que fuí yo, por falta de valor, quien causó su desgracia.

— Triunfará la justicia, no lo dudes... La confesión que lograste arrancar a tu padrastro nos asegura el triunfo. Mackey, a pesar de lo canalla que es, ha tenido un rasgo... aunque apresurándose a poner los pies en polvorosa... Confía en mí, Marie, que soy más bueno que el marido de la que fué tu madre...





## VI

Tex recibió sin inmutarse el anuncio de la visita de Winch.

— Que venga cuando quiera. Aquí le espero — contestó a quien le dió el aviso.

Y fué a ver al viejo Boley, para que éste o su nieta Sara le facilitasen noticias de Marie.

Tex no creía, no podía creer que aquella criatura hubiera querido inferirle el menor daño. ¿Y cómo iba a dar lugar a la sospecha de que la mujer que tanto a él interesaba hubiese procedido rufianescamente, si para Tex era la hijastra de Mackey un dechado de bondades?

— ¿Ya sabes — dijo el viejo filósofo, así que vió a Hart — que Winch va a llegar?

— Acaba de comunicármelo.

— ¡Cómo! ¿Te ha avisado?

— Dice que no quiere matarme... por sorpresa.

— De todos modos, no vivas desprevenido. Winch es temible.

— Bueno ; ya nos veremos las caras... A mí



*Obligóme mi padrastró a esta entrevista*

lo que me importa es saber dónde está y qué hace Marie...

— Ya comprendo que te interesa la muchacha...

— Más de lo que usted cree.

— Pues ella también parece interesada...

— ¿De veras?

— No puedes imaginar siquiera lo que ha sufrido en estas últimas horas.

— ¡Pobrecilla!

— Marie tiene un corazón que no le cabe en el pecho... como tú ; ni más ni menos... Sois tal para cual.

— ¿Verdad que sí, señor Boley?



— Verdad, mucha verdad... Pero ¿qué le pasa a mi nieta, que viene desolada?

Sara avanzaba, en efecto, a todo correr, hacia el grupo formado por su abuelo y Tex.

— ¿Qué te pasa, chiquilla? — preguntó Boley.

Con voz temblorosa respondió Sara :

— Que Winch acaba de llegar al pueblo y ha dicho que viene a matar a Tex...

— Tranquilícese usted, señorita — dijo el mozo. — Winch no es infalible ; puede equivocarse...

— ¡Ay!... no... no.... Escóndase usted, por favor...

— ¿Por qué ha de esconderse? — gruñó el viejo Boley. — ¿Acaso es responsable de lo ocurrido?

— Bueno ; que haga lo que quiera... En último caso, yo evitaré que Winch le asesine a traición.

— ¿Usted, Sara? — preguntó, admirado, Tex.

Y como en aquel momento se viera a Winch desembocar en la calle donde se encontraba Hart y la familia Boley, Sara se destacó del grupo, para salir al encuentro del jefe de los vaqueros.

Pero el viejo filósofo corrió más, a pesar de sus años, que su nieta, y encarándose con Winch le mostró, sin mediar palabra, un papel con la declaración que Marie arrancara a su padrastro.



*Vete, vete en seguida adonde no te pueda ver...*

« Yo, el infrasquito, confieso ser el autor de un plan para que el ganado enfermo del Sur entrara en la provincia del Venado, y yo también el que atacó a Tex Hart que custodiaba las praderas. — J. MACKEY ».

— Winch, estupefacto, exclamó :

— Es un bandido ese Mackey... y la bala que reservaba yo para Tex irá a alojarse en el pecho del canalla.

— No harás tal — aseguró Boley.

— ¿Por qué?

— Porque nuestro « banquero » ha huído... Winch se apresuró a pedir perdón a Tex, y éste, noblote como él solo, acabó por perdonar.



\* \* \*

Marie había enfermado. El médico que la asistía no acertaba a descubrir la causa de aquella dolencia que iba por momentos minando el organismo de la doncella.

Se recomendó a la paciente, como primera providencia, reposo absoluto.

— Nada de emociones fuertes — había dicho el doctor. — El menor sobresalto pudiera ocasionar funestas consecuencias.

Y Tex, temeroso de que se complicase el estado de Marie, no vivía tranquilo, pasándose día enteros estacionado frente a la casa de donde había huído Mackey, interrogando con la mirada a cuantas personas veía salir del domicilio de la paciente.

Así una semana y otra, hasta que una tarde, una de las mujeres que asistían a Marie, dijo a Tex :

— Entre usted... si quiere ver a la enferma.

Penetró Tex precipitadamente en la casa.

Mas ya en presencia de la enferma, no supo qué decir. Mil pensamientos se agolpaban a su cerebro, pero no salían las palabras de su boca.

Miraba, enternecido y cariñoso, a la criatura amada, y ésta, a su vez, recogía, ansiosa, la luz de aquellos ojos.

— Marie... — balbució, por fin, Tex Hart.

— Amigo mío... ¿me perdona?

— ¿Perdonar?... ¡Quererla es lo que hago, y quererla con toda mi alma!...

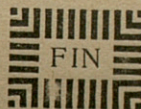
— Gracias, Tex. Yo también...

— Procure usted ahora cuidarse mucho... Mientras, yo volveré a las praderas para re-habilitar mi nombre.

— Y luego... juntos... — susurró Marie, henchida de felicidad — elegiremos un camino para los dos... solos...

Sara, en tanto, lloraba en silencio...

Ella también amaba a Tex, al hombre que, sin la maldad de Mackey, hubiera sabido mantener la consigna de « por aquí no se pasa ».









# 1 0 0 0

## DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

Conocedores de la utilidad  
que ha de tener un libro con  
las direcciones de los princi-  
pales artistas de la pantalla  
y casas productoras, nos  
hemos decidido a publicar  
el tomo que ofrecemos  
a nuestros lectores



Precio de este interesantísimo libro

### UNA PESETA